

qué he consentido en que te separes de mí! ¡cuál será tu suerte! ¡cuándo te volveré á ver!

—Será dichosa, tio mio, respondió la jóven: ya lo es, con la idea de haber hecho su deber para salvar á vd. de la desgracia que le amenazaba: las almas, como la de Fernanda, caminan siempre por encima de todas las miserias humanas.

Separáronse el anciano y la jóven: al día siguiente, se volvieron á la quinta, porque la estancia en Madrid les era insoportable.

Allí todo estaba aún lleno de la imágen querida de Fernanda, y Marzo llegaba ya con sus tibias brisas, con sus promesas de verdor, de follaje, y de canciones de los pájaros: ya las orillas de los arroyos se esmaltaban de florecillas, y ya se abrian las de las macetas que adornaban el balcon de Fernanda, y que ésta cuidaba con tanto cariño.

III

Siete meses despues, el baron y la baronesa de Valdemar se hallaban en su palacio de Recoletos, de vuelta de su viaje á Paris en donde habian permanecido cerca de cinco.

Fernanda habia vuelto alegre y sonrosada, mucho mas linda que se fué, y completamente dichosa de su viaje al extranjero.

Era cierto, no obstante, que su marido, de vez en cuando, y en verdad con bastante frecuencia, habia pasado en Paris noches enteras sin ir á su casa, y que su esposa le habia estado esperando toda la noche, ademas de su ayuda de cámara; pero al volver al amanecer, habia pretestado un negocio, una cita en el club, el compromiso de una cena de amigos, y los quince años inexpertos de Fernanda, no podian poner en duda la veraz gravedad de estos motivos.

Su esposo no la llevó al gran mundo en que él vivia, y devoraba su crecida fortuna.

La llevaba á los teatros y al bosque en carruaje abierto, lo que era para la pobre é inocente niña el mas grande de los placeres.

Recibian á muy poca gente, y apenas visitaban mas que á dos ó tres familias españolas.

A pesar de su vida sencilla y retirada, Fernanda que, aunque muy cándida, tenia gran talento, habia notado una cosa que no habia dejado de llamarle la atencion: era que las gentes la miraban con aire de lástima y de profunda conmiseracion.

Habitaban una elegante habitacion amueblada en el gran hotel del Louvre, y Fernanda, ademas de Marta, tenia para su servicio una doncella.

La nodriza creía, lo mismo que su señora, en los deberes que retenian al baron muchas veces fuera de su casa toda la noche: y en cuanto á la camarera, aunque á sus solas se reía de las dos pobres y crédulas mujeres, se guardaba bien de decir nada, porque sabia por el baron, que seria despedida si intentaba separar la venda de los ojos de Fernanda ó de su nodriza, y se callaba siempre.

Una noche llegó á la puerta del hotel un coche, del que descendió una linda mujer, lujosa y coquetamente vestida, que subió sin detenerse al piso segundo.

Llegada al vestibulo, preguntó á uno de los lacayos por la habitacion del baron de Valdemar.

—Aquella es, respondió uno de ellos señalándola con bastante poco respeto: allí está la señora baronesa.

—¿Qué! ¿está aquí su mujer? exclamó la joven: él me habia dicho que la dejó en Madrid.

—Pues la ha traído.

—¡El monstruo! ¡el pérfido!

—No obstante, si la señorita quiere evitar el verla, puede entrar en la antecámara, y llamaré á Luisa, que podrá darle razon del señor baron.

—¿Quiénes Luisa?

—La camarera del señor baron.
 —¿Será acaso una que yo tuvé?
 —Ciertamente; ella me lo ha dicho.
 —¿Pues qué me conoce vd.?
 —¿Quién no conoce á la señorita en París por poco que haya servido á gente de buen tono? Yo fui ayuda de cámara del duque D....

—¡Ya! interrumpió la jóven con aire de inteligencia: no es extraño que vd. me conozca entonces.... ya troné con él.

—Lo sé... y él se pegó un tiro.

—De resultas de eso, si... se habia arruinado.... y me cansaba.... pero vaya vd., amigo mio, y diga á Luisa que deseo hablarle.

Puso, al decir esto, cuatro napoleones en la mano del lacayo, que se inclinó profundamente, y despues de hacerla entrar en la antecámara, desapareció.

Luisa se presentó casi al instante; pero detras de la portiere que la habia dado paso, quedó la cabeza gris y curiosa de Marta.

—Señorita, dijo Luisa, ¿qué dicha para mí la de volver á ver á vd.!

—No debias de esperarlo despues de haberme abandonado por seguir al baron... pero olvidemos lo pasado.... ¿está en casa?

—Volvió hará dos horas.

—Toda la noche le he estado esperando, pues me ofreció venir á cenar conmigo.

—Creo que habrá cenado con la Srta. Celina.

—¿Cómol gha vuelto á las redes de esa mujer?

—Mas preso está ahora que ántes.

Marta, al ver que no entendia una palabra, pues hablaban en francés, tomó el partido de retirarse, y fué á deir á Fernanda, que una señora jóven y muy bonita estaba hablando con Luisa, pero que hablaban en la lengua de la tierra, y que ella no las entendia.

Fernanda curiosa por ver á la visita, y pensando que

podría querer verla á ella, salio, y rogó en buen francés á Ernestina, que este era el nombre de la jóven, que pasara adelante.

La cortesana tenia demasiada serenidad para cortarse, y siguió á la baronesa, que fué juguete de la mas indigna burla.

—Señora, le dijo Ernestina: yo venia á poner por empeño al señor baron á fin de conseguir un destino para un hermano mio: ¿no podría verle?

—Acaba de acostarse, señorita, dijo la pobre Fernanda con verdadero sentimiento: ha pasado la noche velando á un amigo enfermo.

Ernestina tuvo que fingir una tos y llevar el pañuelo á la boca para no soltar la carcajada.

—Sin embargo, añadió la baronesa, yo le diré lo que vd. me deje encargado así que se despierte.

—Pues bien, señora baronesa: digale vd. que ha estado á verle la Srta. Ernestina, y que le espera en su casa.

—¿Nada mas?

—Nada mas: ya lo entenderá: adios, señora, y mil gracias.

—Adios, señorita.

Ernestina salió. Fernanda no sospechó nada: habia en aquella alma de ángel tal inocencia, que era necesario, para desgarrar el tupido velo que la envolvia, el huracan de un gran dolor.

—¿Que cara tan desvergonzada tenia esa damisela! dijo Marta, que desde un rincon habia asistido á la entrevista: no me parece cosa buena: ¿qué queria?

—Que el baron le consiga un destino para su hermano.

—¿Y está bien que se venga á poner por empeño una jóven de veinte años y vestida de un modo tan vistoso.

—Sabe que es casado.... ¿qué tiene eso de particular?

—Nada, nada, yo me entiendo, dijo Marta: así es ella buena como ahora llueven doblones!

Quando el baron se levantó á fin de vestirse para comer, Fernanda le enteró de lo que le habia dejado dicho Ernestina

Este la miró estupefacto de que no adivinase nada, de que no le hiciese ninguna reconvenccion: pero luego, admirando aquel santo candor é indignado contra la cortesana, exclamó:

—¡Está bien! ¡esa mujer es una loca!

—¡Ella! si parece tan buena, tan dulce, tan simpática! exclamó la baronesa: ¿por qué dices que es una loca?

—Porque.... porque se atreve á cosas que no debiera.

—¿Acaso dices eso por el destino que solicita para su hermano?

—Justo: por eso mismo.

—¿Y no se lo darán?

—¡No! y si vuelve, no la recibas por ningun motivo.

—¡Pobre joven!

—Te digó que es una intrigante.

Fernanda se olvidó bien presto de aquel incidente: pero Marta se acordaba con frecuencia de él, y sospechaba con razon de la vida de desórden y escándalo que el baron llevaba en Paris.

Las sospechas de la nodriza no podrian ser mas fundadas: el baron, segun habia hecho durante su vida, tiraba el dinero á manos llenas.

Hijo único de una noble y opulenta familia habia devorado ya la fortuna de su abuelo y la de su padre: la actriz mas á la moda, la bailarina mas en boga, la cortesana mas célebre por sus desórdenes, corrian siempre por cuenta suya y le ayudaban á tirar montones de oro: el juego, los caballos, las apuestas, acababan de disipar su crecido patrimonio.

Fernanda habia sido uno de sus mil caprichos: para conseguirla, puso á disposicion de su padre todo el dine-

ro que poseía, y ordenó á sus apoderados y administradores que vendiesen algunas fincas.

Cansado ya de la vida de Paris, donde le amenazaba la venganza de una familia opulenta, á cuya hija, habia engañado del modo mas miserable, decidió volverse á Madrid con Fernanda, que aceptó llena de alegría al saber que se iba á ver otra vez en su querida patria, que iba á abrazar á su padre y á la buena y cariñosa Leticia.

Por eso, pues, volvemos á hallarla alegre, risueña, rosada, mas bella que lo estaba al casarse, porque entonces llevaba aún grabada en el alma la imágen de Jorge.

Aquella imágen se habia borrado casi en su mayor parte, porque Fernanda habia llegado á amar á su marido: su aficion á Jorge habia sido el sueño de su adolescencia: su amor al baron era su primer amor, y este amor grave, basado en el deber, habia echado, é iba echando hondas raíces en su alma generosa.

A la hora en que volvemos á encontrar á Fernanda, se hallaba esta con su prima, y las dos jóvenes hablaban de proyectos de dicha entre alegres carcajadas.

El baron no estaba alli: se hallaba acostado aún, pues eran solo las doce de la mañana.

Era Setiembre: la mañana estaba hermosa, limpia la atmósfera, radioso el sol.

—Vamos á almorzar juntas, dijo la baronesa, y luego iremos á dar un paseo.

—Y tu padre almorzará solo? observó Leticia: ya sabes que eso no le gusta, querida Fernanda.

—Su padre almorzará con ella y contigo, dijo el Sr. B..... entrando: se convida.

—¡Ah! tanto mejor, querido papá, exclamó la joven saltando al cuello de su padre: ¿te convidas tambien á venir á paseo?

—No, á eso no, hija mia, respondió el anciano; tengo que hablar á tu marido, y esperaré á que despierte.

—Que le llamen, dijo la joven.

—Ahora no.....¿para qué? repuso el Sr. B..... cuyo

rostro se contrajo con una expresion de profunda pena: según me ha dicho su ayuda de cámara, ha encargado que le llamen á las dos.

—Ayer se levantó á las cuatro. ¡Ah, papá, qué triste y fastidiosa vida es la de gran señor! Alejandro cuando se levanta, solo tiene tiempo de vestirse para comer y siempre come sin gana.

—Ahora tendrá algunos quehaceres supuesto que se vuelve á marchar, observó el banquero.

—¿Qué se marcha! repitió Fernanda asombrada: ¿y adonde?

—¿No te lo ha dicho?

—No, papá!

—Se va á Baden.

—Pues si he de ir con él debo disponerlo todo! exclamó la baronesa.....querrá aprovechar esta última estacion de baños.....

—Se va solo, dijo el padre.

—Solo! no quede ser!

—Esa es á lo menos su intencion.

—¡Solo! ¡á los siete meses de casados! ¡Qué dirán! ¡y en qué tristeza quedaré yo!

—Y tanto mas, hija mia, cuanto que yo no puedo acompañarte porque salgo mañana para Londres á fin de arreglar un asunto comercial; solo te quedará Leticia.... Pero no.....yo confio en que tu marido te llevará, y no solo á tí, sino tambien á tu prima. En fin, ya hablaremos de eso.....ahora vamos á almorzar, y luego que os pongan el coche y os vais á pasear, aprovechad la tarde que está hermosa: yo me quedaré, pues ya os he dicho que tengo que hablar con Alejandro.

—Y le disuadirás de la idea de marcharse solo?

—De eso trato.

Fernanda agitó el cordón de la campanilla, y dijo al criado que se presentó:

—Que sirvan el almuerzo.

Un instante despues se anunció que estaba en la mesa.

Ni el padre ni la hija hicieron alarde alguno de apetito: no podia comprender la jóven que su marido pensase en marcharse sin ella, sobre todo tratándose de una excursion de placer, como es la estacion en Baden: su padre parecia abrumado por tristes pensamientos.

Leticia no pudo disipar la nube de tristeza que envolvía aquella atmósfera caliente y perfumada.

—Nos iremos á la quinta, dijo Fernanda: ¡deseo tanto volver á verla! Vente tú tambien, Marta, añadió dirigiéndose á la nodriza que los servía: prefiero ir allí, á ir á la Fuente Castellana. ¡Cuántas veces me he acordado en Paris de nuestra bella casita!

Las dos jóvenes subieron al coche, y salieron con Marta, que las acompañaba al trote del brioso trono.

El señor B... esperó á que su yerno se despertase, y para divertir la espera, trató de leer, de pasearse por el jardín, y de contemplar las hermosas pinturas de la galería; pero en vano: era tal su zozobra, que nada alcanzaba á hacérsela olvidar.

Dijéronle, por fin, que el baron se habia levantado, y le anunció que deseaba verle.

Algunos minutos despues, Alejandro apareció en el salon, é invitó á su suegro á pasar al comedor diciéndole que podrian hablar en tanto que tenia lugar su desayuno.

IV

El padre de Fernanda rehusó desde luego pasar al comedor.

—Lo que tenemos que hablar, querido Alejandro, no pueden oírlo los criados, respondió severamente, y debe quedar entre los dos.

Al hablar así, miraba el banquero con una mezela de terror y de aversion el estrago que los excesos de una vida disipada habian hecho en el baron.

Fernanda le habia visto constantemente bien vestido y elegante: aquella mañana, habiendo sabido por su ayuda de cámara que habia salido, no se cuidó de hacer ningún preparativo en su persona, y recibió á su suegro con la bata que se habia puesto al levantarse.

Sus ojos hundidos y apagados, la lividez de su semblante y el color blanquecino de sus lábios le daban un aspecto repugnante.

—Querido suegro, repuso á la observación del banquero; yo acostumbro desayunarme así que me levanto, porque, si no, no tengo á la hora de la comida apetito alguno: vamos al comedor, y si lo que vd. tiene que decirme es tan reservado, me servirán el almuerzo, y despediré á todos los criados, porque para comer no los necesito.

—¡Sea! dijo el señor B.... es preciso que yo te hable, y pues no hay otro medio me avendré á ese.

El padre de Fernanda y su yerno pasaron al comedor; y despues de servida la suntuosa mesa, que se cubrió casi toda de fiambres, preparados con picantes para exitar el muerto apetito y destruido estómago del baron, este despidió á los criados que le servian.

—Ya puede vd. hablarme, dijo volviéndose al señor B..... ¿Qué es lo que tiene vd. que decirme de tan alta importancia? ¿Viene vd. á darme algun dinero? Muy bien me vendria porque estoy sin un cuarto.

—Yo pensé que marchándote á Baden, como segun he oido vas á hacerlo, tendrias dinero de sobra, observó el banquero.

VI

—¡Qué disparate! justamente me voy porque no tengo un cuarto.

—Yo te he dado tres millones en cinco meses, dijo el señor B.....

—Y ¡ojalá me diera vd. los otros tres que me debe!

—¿Pero has gastado ya los tres?

—Le repito á vd. que no tengo un cuarto.

—¿Pero en qué, en qué se gasta así el dinero? ¿lo tiras acaso por el balcon?

El baron tragó lo que tenia en la boca y masticaba con gran hastío y dificultad; cruzóse de brazos, y mirando al padre de su esposa con la mas cinica insolencia, repuso:

—¿Sabe vd., caballero, que es muy extraño que se permita preguntarme en qué gasto mi dinero?

—¡Es verdad! repuso el banquero, rojo de colérica confusion: vd. es dueño de hacer lo que le dé la gana de él, y no obstante.....

—Y no obstante, yo soy tan bonachon que voy á dar á vd. gusto, diciéndole en qué lo he gastado; allá va. Primero en jugar, y este año con mala fortuna: luego en Paris, una jóven llamada Ernestina, y aqui otra llamada Sofia, á la que tal vez conocerá vd. de oidas, me han derrochado sumas enormes: á las dos les he regalado tiros para los carruajes y caballos de montar, amen de renovarles todo el mueblaje de su casa y de regalarles algunos brillantes.

—¡Miserable!.... exclamó el anciano, alzando convulsivamente su puño sobre la cabeza casi calva de su yerno.

Pero este se levantó con una terrible sangre fria, y cogiendo aquel puño con una mano de hierro, hizo caer de nuevo sobre su silla al banquero.

—¡Oh Dios! ¡á qué hombre he entregado yo á mi hija! esclamó!

—A un hombre que le libró de pegarse un tiro, viejo loco! repuso el baron: á un hombre que la mimó, que la mira como á una bonita muñeca, que es á lo mas que ella y vd. podian aspirar! á un hombre que pagó con seis millones su capricho, y que quiere cobrar al instante, ¿lo oye vd.? ¡al instante! ¡los tres que vd. le debe! á un hombre que iba á Baden á jugar y ganar por no pedir á vd. dinero, y que ahora, ademas de irse, se lo exige!

—Se ira vd. baluceó el banquero: se ira vd.; pero sin mi hija!

—¡Ud. esta loco! exclamó el baron: para nada necesi-

to á mi mujer: para nada me hace falta su compañía: pero ahora, aseguro á vd. que me seguirá!

El baron sorbió una taza de café muy cargado y mezclado con una buena parte de rom: luego salió del comedor y se entró en su cuarto cantando una arieta, con tanta frescura y sangre fria como si acabara de tener con su suegro la mas amigable conversacion.

El desgraciado padre salió del palacio del baron con paso vacilante y se dirigió á su casa.

Su cabeza estallaba: se volvia loco: pensaba con horror en quién era el hombre á quien habia entregado su hija, su Fernanda, tan linda, tan inocente, tan pura; y se acusaba amargamente por no haber tomado antes mejores informes, á pesar de la angustia en que le tenia sumergido su próxima é inevitable quiebra.

Entretanto Alejandro se vestia sin dejar de cantar: con un arte infinito y con la hábil cooperacion de su ayuda de cámara, restauró los restos de su belleza que habia sido muy notable: rizo sus cabellos, se puso dos dientes que llevaba postizos, despues de limpiar cuidadosamente los que le quedaban, y lavó sus manos con una pasta perfumada.

Hecho esto, y sabiendo que Fernanda se habia ido á la quinta, se fué al casino hasta la hora de comer.

Cuando volvió á casa, ya estaba en ella la jóven que le esperaba leyendo.

Así que le vio, corrió á él y le preguntó asiéndole las manos:

—¿Conque te vas?

—Nos vamos á Baden; ve preparandote querida mia, respondió el baron besándola en la frente.

—¿Qué! ¿voy yo tambien? exclamó gozosa Fernanda.

—¿Querias que me fuese sin tí? Pero te advierto que allí hay mucho lujo, y, mas que lujo todavía, elegancia.

—Yo tengo bastantes vestidos! dijo la niña con una bella sonrisa.

—Hazte algunos mas; cuatro ó seis por ejemplo.

—¿Me darás dinero?

—No: ahora me es imposible, pagaremos tu cuenta al volver.

—Prefiero pedirle á mi padre, observó Fernanda: ¡deber! eso es muy feo, amigo mio.

—Tu padre me habló esta mañana y me dijo que se hallaba tambien ahora con pocos recursos: así, pues, no le pidas.

—Entonces pasaré con los trajes que tengo, dijo la jóven.

—No sirven para allá, niña mia; en las estaciones de baños, se viste de un modo totalmente distinto que en la ciudad: ve á la mejor modista: que te enseñe figurines de los trajes de baños, y que te haga seis: no puedes llevar menos.

—Pero ¡deber á la modista! Mi mamá, segun dicen, jamas debió un cuarto á nadie.

—Tu mamá pensaba á la antigua y tu piensas del mismo modo. ¿Hay algo mas elegante que deber?

—¡Sí! ¡el no deber! el que debe es porque gasta mas de lo que tiene, y eso es mal hecho.

Un criado que entró, presentó al baron una carta en una bandejita de plata.

Dentro de la carta, que era muy abultada, venian billetes de banco en gran cantidad.

El baron recogió estos dejando caer la carta y salió con precipitacion.

Fernanda, asombrada, le vió alejarse, y luego, inclinándose maquinalmente, cogió la carta.

Reconoció la letra de su padre, y sin saber la causa, tembló.

El fatal escrito decia así:

«Envio á vd. sus tres millones, y me mato como debia haberlo hecho antes de dar á vd. á mi hija: entónces, si hubiera muerto, hubiera sido con la conviccion de dejarla libre, y ahora muero con el nuevo dolor de dejarla entre-

gada á un miserable como vd. Dios, que nos juzgará, dara á vd. el castigo que merece por los insultos que me dirigió esta mañana, por la reclamacion de su dinero que me causa la muerte.»

Fernanda quiso gritar y no pudo, trató de salir y sus piernas se negaron á sostenerla: la voz se le anudó en la garganta; y cayó sin sentido sobre la alfombra.

Cuando volvió de su letargo, al percibir sobre su rostro el frio de la noche, se vió en un carruaje, y al lado de su marido.

—¿Donde estoy? exclamó la pobre niña.

—Conmigo, respondió la voz de su marido.

—¿Y mi padre?

El baron guardó silencio.

—¿Ha muerto?

—Si, repuso el baron: ¿para qué te lo he de negar?

—Pero..... baluceó Fernanda, en una carta que yo vi en el suelo..... que recogí y que leí, te decia que tú eras la causa de su muerte!.....

—Vamos, mi querida niña, dijo el baron no pienses en eso..... tu padre hizo por fin bancarota, y perdió la cabeza..... no pienses en eso, y piensa en que aun te quedo yo.

—¡Dios mio! ¡suicidado! ¡Qué poco pensó en mí! exclamó la desdichada niña: y ahora el infierno por toda una eternidad! ¡y no habrá hallado á mi madre que era tan buena! ¡Ah! si ella hubiera vivido, mi padre no hubiera muerto!

Fernanda lloró largo rato: su marido dejó que su dolor se desahogase; al fin, el cansancio pudo mas que la afliccion, y la pobre niña se durmió, no sin que su sueño fuese interrumpido por fantásticas y tristes visiones.

Pocos dias despues, los periódicos de Madrid insertaban el siguiente suelto:

«Una desgracia lamentable ha venido á afligir á una familia muy conocida en la corte.

«El Sr. B....., opulento banquero, herido tal vez en

sus intereses por la crisis comercial que nos aflige, ha puesto fin á sus dias, suicidándose con una pistola en la noche del dia 11 de.....»

«Por fortuna, su hija única se habia casado hace pocos meses con el señor baron de V..... y hallará en su matrimonio el consuelo de tan amarga pena.»

V

Leticia corrió á refugiarse con Marta en la quinta, donde tan felices dias habia pasado al lado de su prima, y que era en la actualidad el único asilo que le quedaba.

Lo mismo la jóven que la nodriza se hallaban inconsolables.

Aquella lloraba la muerte de su tio y la ausencia de su prima, y esta, sobre todo, el no haber podido consolar y acompañar á su Fernanda, de la que jamas se habia separado.

La salida de Madrid del baron y de su mujer, se parecia mas á una huida que á un viaje dispuesto y llevado á cabo con tranquilidad.

La madre de Gustavo fué el gran consuelo de las dos pobres mujeres en su dolor: y habiéndoseles noticiado que la quinta se iba á vender para pago de acreedores, la viuda aconsejó á su hijo que se casase con Leticia al instante, á fin de darle el amparo que le faltaba.

Un dia llegó una carta para Leticia: esta la abrió y dió á la madre de Gustavo otra que habia llegado para él.

Ambas tenian el sello de Baden. La de Leticia era de su prima, y respiraba una gran tristeza: pero de nada se quejaba, sino de no hallar consuelo para la muerte de su buen padre.

Decia que se hallaba delicada de salud y que deseaba mucho volver á España.

Apenas hablaba de su marido, y se limitaba á dar afectos suyos para Leticia y Marta.

—Lo que es á mí, dijo la nodriza, eso no me cuela: el señor baron no me puede ver ni en pintura: en cuanto á que mi pobre niña esté bien y contenta, lo creo menos; la conozco, y veo por lo que dice, que pasa allí la pena negra. ¡Ay, amo mio, amo mio! qué cuenta habrá tenido que rendir á Dios por dar á su hija semejante marido!

Al hablar así, con el acento de la desesperacion, se desprendian amargas lágrimas de los ojos de Marta.

Por la noche cuando Leticia y la nodriza pasaron á la quinta donde habitaba Gustavo y su madre, esta le dió la carta que el jóven habia recibido; Leticia miró la firma, y exclamó:

—¡Jorge! ¿es Jorge el que escribe?

—¡Si, hija mia, y bien tristemente! repuso la madre de Gustavo: ¡leel!

Leticia leyó en voz alta lo que sigue:

«Aquí estoy, amigo mio, buscando alivio á una dolencia que me aqueja desde hace algun tiempo y que no sé si tendrá remedio, y aquí ha venido ella tambien con su marido, como si el cielo deseara negarme el bien del olvido.

«¡Pobre Fernanda! qué cambiada la he hallado; ya ha desaparecido la niña alegre y llena de gracias, y solo hay en su lugar una triste mujer, pálida y abatida.

«He sabido el trágico fin de su padre, no por ella, con quien ni una sola palabra he cambiado, sino porque aquí hay una crónica que se ocupa y publica la historia de todos los viajeros que llegan, y escudriña si vienen por motivos de salud, de especulacion ó por otra cualquiera causa que sea: es decir que, al instante que llega una persona, se averigna su vida privada, lo que ha sido, lo que es, y hasta lo que espera ser.

«Envuelta, pues, en vapor de la sangre del hombre desgraciado á quien esperé llamar padre un dia; envuelta en la muerte del padre de Fernanda, ha llegado la historia de su marido; historia repugnante, llena de desórde-

nes como tantas otras: se ha dicho que él ha ocasionado la muerte de su suegro pidiéndole con premura, y para vengarse de sus reconvencciones, tres millones que le debia, y que el infeliz se dió la muerte al enviárselos porque esto le arruinaba tan por completo como iba á quedarse el dia que se los prestó.

«Y todo esto debe saberlo esta desventurada criatura, porque aunque estuviera ignorante de ello, aquí se habla del asunto, y se comenta sin miramiento alguno.

«Ademas, la vida que lleva su marido, es el escándalo de esta gente que se escandaliza de muy pocas cosas: el baron pasa las noches jugando, y aunque se le dejaba cuando llegó ganar alguna vez, ahora pierde siempre, y la crónica de que te hablé, dice que se halla completamente arruinado.

«La desgracia ha caído, pues, formidable, inmensa, sobre Fernanda, antes de haber cumplido los diez y seis años de su vida. ¡Pobre niña, á la que queria, á la que podia yo haber hecho tan feliz! ¡De qué le ha servido dar su libertad y la dicha de toda su vida para salvar á su padre de la ruina, si esta ruina se ha consumado con tan horribles circunstancias! ¡si este padre ha muerto de tan desastrosa manera!

«Ella vive muy retirada: apenas sale de su habitacion á la fonda: no obstante, cuando se dispone alguna partida de placer, alguna diversion general, en la que seria notado el no tomar parte, allí está la baronesa de Valdemar, silenciosa y triste; pero con una plácida sonrisa y una dulce palabra en los labios para todo el que le habla: á pesar de su profunda melancolia y de su débil salud, su belleza y su exquisita y delicada elegancia la hacen sobresalir entre todas estas grandes señoras que se presentan cubiertas de encajes y de brillantes: mas que un cuerpo, es una alma: ó, mas bien, diré de ella lo que Lamartine decia de Julia: es una enfermedad contagiosa del alma bajo las formas mas seductoras que puede tomar la mujer.

«Por todas partes halla afecto y simpatía: porque esta criatura, inocente, modesta, silenciosa, llena de bondad para todos, no excita mas que la simpatía sin despertar la emulacion.

«Aquí estoy encadenado á sus pasos con una fuerza que no puede mi corazon contrarestar: desde que ha llegado, creó que respiro mejor: su marido no me conoce: con ella me he encontrado dos ó tres veces en el paseo solitario que doy cada mañana: me ha visto y me ha sonreído con afecto como á un amigo antiguo: yo no me he atrevido á hablarla, porque su inocencia y su desgracia han atado mi lengua con lazos que no podia ni queria romper.

«Adios, amigo mio: soy muy desgraciado, pero no tanto como antes desde que la veo: cuando ella se vaya de aquí, no la seguiré, pero tampoco me quedaré en estos sitios.

«Dime si te has casado ya con la bella y simpática Leticia, que será, estoy seguro de ello, una tierna compañera para tí, y una hija muy buena para tu madre.

«¡Dichoso tú, y ojalá Dios te conserve la felicidad que á mí me niega!

«Te abraza tu amigo invariable

JORGE.»

—¡Oh, mi pobre Fernanda! exclamó Leticia; tu martirio es horrible y tan silencioso, que no alcanza ni alcanzará ninguna gloria!

—Dios ha dicho—*los que lloran serán consolados*,—repuso la madre de Gustavo; y El da la recompensa en el cielo á esos mártires que el mundo no conoce.

—¡Qué distinta es mi suerte! repuso la jóven: yo, por pobre, podré unirme al hombre á quien amo: el trabajo nos dará su sabroso pan y su tranquilo sueño, y seremos ambos dichosos! y ella.....

—Ella ha tenido que inmolarse como víctima de las

riquezas de su padre. ¡Ah! cuando nos quejamos de la suerte, ofendemos á Dios y no sabemos lo que pedimos! Pero mi querida Leticia, dispón lo que tengas que arreglar, porque Gustavo y yo deseamos que vuestra boda se verifique el próximo domingo; el invierno llega y es preciso irse ya á Madrid, despues de haber pasado aquí los primeros dias.

V

A entradas del invierno, el baron y la baronesa de Valdemar llegaron á Madrid.

Leticia, que hacia poco mas de un mes que se habia casado, fué la encargada por Fernanda de prepararles su soberbio palacio de Recoletos, que se hallaba cerrado desde su salida, pues los criados habian sido despedidos.

Leticia, que vivia en una modesta pero alegre casa con su marido y la madre de este, sintió que su corazon se oprimia al entrar en aquella suntuosa á la par que triste morada.

Invadiólo todo el polvo, y las cortinas corridas, de seda muy espesa, no dejaban paso á la luz.

A las cuatro de una nebulosa tarde de Octubre, se detuvo á la puerta el coche que traia desde la estacion del ferrocarril á Fernanda y á su marido.

Leticia y el suyo se hallaban allí para recibirlos: las dos primas se abrazaron con ternura, y la jóven esposa del doctor, colmó de besos y de caricias á la baronesa de Valdemar.

Pero de repente detuvo sus trasportes y miró á Fernanda con terror.

Esta se hallaba espantosamente cambiada.

La palidez de sus mejillas ya no era aquella fresca y rosada, que tan interesante la hacia en otro tiempo: hallábase su semblante cubierto de un color plomizo y casi lívido, producto de largas noches de llanto y de insomnio.